

# EL VALLE DEL TIÉTAR EN FIESTAS

FULGENCIO CASTAÑAR

En la sociedad actual uno de los conflictos que tiene el individuo es el que proviene de la imperiosa necesidad de trabajar para sobrevivir frente a la tendencia natural a un ocio continuado. Para que el sistema imperante en nuestra sociedad no se resquebraje se imponen en el calendario laboral una serie de días que si antes eran festivos por su conexión con lo sacro, hoy, para una gran parte de las personas se han convertido en días de asueto, porque el carácter de festividad religiosa que antes les acompañaba se ha perdido, en el ámbito individual o al menos para una parte de la colectividad, con el devenir del siglo XX (1).

Sin embargo, en la España rural, para quienes forman las comunidades de nuestros pueblos, las fiestas aún tienen sentido, tanto para quienes ven en ella su carácter religioso como para los que consideran la fiesta como un elemento de cohesión social que ayuda a mantener con fuerza la identidad cultural de cada pueblo; y, además, para aquellos que se han visto obligados a buscar la vida en un área urbana, son necesarias porque les ayuda a revitalizarse al entrar en contacto con sus propias raíces.

De las anteriores consideraciones ha de deducirse que en el Valle del Tiétar, por ser sus localidades de carácter rural y por haberse producido una fuerte emigración a la ciudad en los años sesenta, las fiestas tienen una gran importancia tanto a nivel personal por las satisfacciones que conllevan, y también como fuente de energía para la vida del pueblo, pese a que algunos ritos hayan perdido el aspecto vivificador y salutarífico que encerraban en su sentido más prístino en siglos pasados. Pretendemos, pues, presentar, en primer lugar, una visión general del calendario festivo de esta comarca y luego resaltaremos algunas de las que, a nuestro parecer, pueden tener más significación en la vida de sus habitantes o porque puedan ser sintomáticas de una forma de entender la religiosidad. No hace falta decir que de las fiestas que vamos a tratar son aquellas que tienen ese arraigo que nace de la fuerza de la tradición; no aludiremos siquiera a esas celebraciones que, bajo el rótulo del

«fiestas del veraneante», se han organizado en algunos pueblos, aunque, a decir verdad, de las muchas que se celebraban en la ribera del Tiétar, ya sea abulense, toledana o cacereña, hay que señalar que la mayoría desapareció como consecuencia de la crisis de las pasadas décadas.

Pero antes de entrar en su descripción y análisis acaso sea preciso señalar algunos rasgos genéricos para llamar la atención de la importancia que tiene ese fenómeno aparentemente secundario como es la vida festiva de los pueblos, con frecuencia menospreciado.

En primer lugar la fiesta es, desde los orígenes de la humanidad, un exponente claro de la integración del individuo en la sociedad y de la dependencia que ésta tiene de la Naturaleza. Desde los momentos en que el hombre empieza a elaborar ideas, la comprensión de la Naturaleza fue uno de los objetivos claves, de ahí que en el pensamiento mítico sea la Naturaleza uno de los motivos que centra la atención del hombre. Son muy interesantes los estudios de Cassirer y de Henry Frankfort que menciona Caro Baroja en el capítulo inicial de su obra *El carnaval* respecto a las concepciones mitológicas de babilonios, egipcios, hebreos...

«Entre la Naturaleza y la historia del hombre no hay aquella separación que establecieron los filósofos de una época, porque la Naturaleza no es una realidad objetiva, un objeto de la especulación científica, sino una parte del propio y dramático devenir humano, que se **interpreta** y **explica** mediante **mitos** también dramáticos y se procura **ajustar** mediante **ritos** igualmente dramáticos» (2).

El carácter reiterativo de los ciclos naturales se plasma también en el conjunto de fiestas que tiene una sociedad de ahí que, como consecuencia de esa interrelación que hay entre sociedad y Naturaleza, exista una trabazón entre todas las celebraciones que se efectúan a lo largo del año. Lo recuerda Honorio M. Velasco en las páginas iniciales de la colección de artículos que recoge bajo el título *Tiempo de fiesta*:

«El conjunto de fiestas no es simplemente la suma de todas ellas.

Forman un sistema de ordenación del tiempo. El calendario es la expresión de ese sistema. Las fiestas se suceden según un ciclo anual. Una fiesta cierra el ciclo y abre el siguiente: la fiesta de fin de año. Como se ha señalado muchas veces, el calendario reproduce un ciclo solar, aunque las unidades mensuales son más bien el residuo de un calendario basado en ciclos lunares» (3).

En el fondo de todo el ciclo festivo subyace una relación profunda del hombre con los misterios de la Naturaleza; sin embargo, a medida que ha ido imponiéndose un sentido racionalista de la vida esa relación se ha deteriorado. En un principio con la eliminación de numerosas fiestas que había en los calendarios locales, luego, por la importancia del factor colectivo y del valor del número de participantes, muchas fiestas han perdido su situación en medio de la semana para ser trasladadas al domingo más cercano para facilitar la asistencia a quienes viven fuera de la localidad.

Otro aspecto de carácter general es la ruptura con el valor que tenían en la mentalidad de los hombres de anteriores centurias; ya se ha perdido el lazo que unía a unos festejos con el momento de la recolección y a otros con las dudas que podían tener sobre el resurgimiento de las fuerzas naturales aletargadas durante el invierno. Ese sentido primigenio se mantuvo siglos y siglos pese a los cambios de culturas a que se veían sometidos las colectividades rurales. La falta de asistentes en los meses de invierno hace que aquellas que tenían un contenido más peculiar decaigan y cobren más importancia, con la inclusión de elementos más costosos —por ejemplo los toros— algunas de las veraniegas, por lo que al no tener la mayoría de éstas rituales propios se han convertido en calcos de las fiestas de los pueblos vecinos. Esto supone la pérdida de una parte de la personalidad del pueblo ya que un rasgo inherente a las celebraciones locales es su distinción de las de los pueblos vecinos.

Aunque no pretendemos ahondar en el significado profundo de cada fiesta, es conveniente subrayar que tras cada manifestación festiva hay un conjunto más o menos trabado de



Tirada de la bandera en el carnaval de El Hornillo.

contenidos que, con el paso del tiempo, se modifican sin que las transformaciones respondan siempre a un mismo esquema. No son, por tanto, las fiestas meras diversiones, días de ocio, sino que han tenido siempre un papel mucho más importante dentro de la vida de cada localidad.

«La fiesta —nos recuerda Honorio M. Velasco en la introducción ya mencionada— es un complejo contexto donde tiene lugar una intensa interacción social, y un conjunto de actividades y de rituales y una profusa transmisión de mensajes, algunos de ellos trascendentes, otros no tanto, y un desempeño de roles peculiares que no se ejerce en ningún otro momento de la vida comunitaria, y todo ello parece ser susceptible de una carga afectiva, de una tonalidad emocional, de forma que las gentes y su acción social parecen encontrarse en, y crear, un ambiente inconfundible, el «ambiente de fiesta»(4).

Muchos de los rasgos que mencionaremos en los festejos del Valle del Tiétar no son exclusivos de sus localidades; tienen muchos puntos de contacto con todos los pueblos que pertenecen a la misma cultura religiosa —la católica— y con los que han tenido una evolución histórica pareja como son los pueblos castellanos; por la interrelación con sus vecinos hay elementos que asociaremos con los de los pueblos toledanos (5) o extremeños, pues en el fondo subyace el mismo sustrato, cuyos orígenes más remotos habría que buscarlos en los pueblos prerromanos que se asentaron por amplias zonas de Castilla la Vieja y Castilla la Nueva, especialmente los vettones, sobre cuyas formas de vida y religiosidad

sabemos mucho gracias a los hallazgos encontrados en la provincia de Ávila, ya sean en el norte del Sistema Central ya sean los encontrados en el mismo valle del Tiétar, especialmente los procedentes de las excavaciones del castro de El Raso (Candeleda) (6), efectuadas bajo la dirección del catedrático de la Universidad de Sevilla Fernando Fernández Gómez.

A la hora de empezar a presentar el ciclo festivo nos es preciso arrancar con el tono esperanzador que se confiere a la llegada del año nuevo, de acuerdo con la tradición occidental presidida por Jano y su cabeza bifronte. La superposición de ideas cristianas sobre festivales precristianos explica algunos aspectos de las fiestas de nuestros pueblos, especialmente en los rituales propios del período invernal en los que late esa preocupación por la revitalización de los seres, tanto animales como vegetales, que se desea asegurar o anticipar por ser claves en el proceso de la vida humana.

Esa preocupación por la salud de los animales es el motivo principal de la fiesta de San Antón, bajo cuyo patrocinio se sitúan los animales domésticos. Durante muchos siglos ha sido usual, y todavía tiene lugar en muchas poblaciones, llevar a los animales bellamente enjaezados a la puerta de la ermita o de la iglesia para que les alcanzase la bendición. Tras dar tres vueltas a la ermita se daba rienda suelta a los corceles y en el aire de nuestros pueblos resonaba durante el día, tanto en espacios sacros como profanos, las loores del santo: «Divino Antonio glorioso /suplícale al Dios inmenso...».

La devoción a san Antonio ha variado mucho con el paso de los siglos, acaso el cambio pueda ser tan significativo como el que ha habido en la transición del uso de los animales domésticos en faenas agrícolas a su sustitución por medios mecánicos. Baste decir que de ser considerado como patrón de Pedro Bernardo ha pasado a ocupar un lugar muy secundario en el calendario festivo local.

«De cómo ese patronazgo fue trasladado —escribe José Luis Retama— a San Roque no se tienen datos muy concretos, aunque no debe descartarse, que al igual que ocurrió en otros pueblos en situación análoga, influyera en ello precisamente ser el tiempo más propicio para la celebración de las fiestas patronales, que así cambiaban del frío de enero en que se celebraba la de San Antón, al cálido ambiente del agosto sanroquero» (7).

Esa misma relación de la vida cotidiana con lo sacro es la que se observa en algunos ofertorios que tienen lugar en fiestas como en la de San Sebastián, santo al que se le venera como patrón en Villarejo, Poyales, Ramacastañas, Hontanares. Productos agrícolas y ganaderos, con frecuencia estos últimos en forma de embutidos, son entregados con verdadera fe para que, tras ser subastados, ayuden a contribuir al mantenimiento del culto. No menos importante es el reparto del bollo y la quema de la encina que aún conservan los vecinos de Ramacastañas y Hontanares, gestos en los que se percibe esa solidaridad de las pequeñas comunidades y aquella ritualidad del fuego —el mismo sentido pueden tener las luminarias de Poyales, pese a que la cofradía se remonte al siglo XVII— como purificador de los malos espíritus y reavivador de la vida aletargada durante el período invernal. A ello apuntan las palabras que ritualmente se recitan en Poyales cada año: «Romero quemó, salga lo malo, entre lo bueno».

Esa «caridad» a la que hemos aludido en el reparto del bollo en el párrafo anterior era usual en otras fiestas y en otros pueblos; José Luis Retama data la suspensión del reparto del bollo, queso y vino en Pedro Bernardo tanto en las fiestas de san Antón, como en las de san Sebastián y san Pedro, según el Libro Becerro de aquella localidad, en 1709.

Quizás relacionado con el antiguo carácter de pueblo vetón haya que señalar, por lo arraigado que está en todo el sur de la cordillera central, —Piedralaves, Pedro Bernardo, Jarandilla, Jaraíz, Nuñomoral...— la presencia de una compañía de danzantes que realiza una serie de pasos de dan-

za en los momentos cumbres de los ritos religiosos.

«Estos danzantes, que daban carácter propio a la fiesta del santo mártir, —se refiere a san Sebastián— eran en número de diez, al mando de un jefe o «general» que danzaban acrobáticamente acompañando al santo, tanto en el traslado de éste a la iglesia, como en la procesión que tenía lugar en la mañana del día veinte. Vestían calzón y pierna, faldón corto y oscuro sobre calzón, faja roja o azul a la cintura y justillo sin mangas sobre camisa blanca, rematado todo ello con rodete o pañuelo a la cabeza. Bailaban durante la procesión haciendo sus cabriolas y acrobacias ante la imagen del Santo y marcando el ritmo de sus piruetas con una especie de bastoncillo, rematado con una calabacilla o vejiga con la que humorísticamente golpeaban a los acompañantes» (8).

En la procesión se portaba un estandarte del Santo del que pendían numerosas cintas con las que se creía posible asumir la protección benefactora que emanaba de San Sebastián. Daba al cortejo religioso un colorido especial la cabalgata que acompañaba al mártir y el énfasis con que, tras el pregón de las virtudes heroicas de san Sebastián, se gritaba el «VÍTOR» en plazas y rincones para terminar clavando el vítor en la puerta de la iglesia o en la de la casa parroquial como aún hoy se hace en Lanzahíta por san Blas y en San Esteban en honor de san Pedro Bautista como señalaremos más adelante.

Pero la virtud del santo no caía exclusivamente en los animales, pues también alcanzaba a las personas, aunque, para éstas se encontraba un abogado con mucha fuerza en San Blas.

El hombre del Valle del Tiétar ha sido siempre consciente de la fragilidad del ser humano. La, durante mucho tiempo, impenetrable vegetación de algunas zonas y la presencia de animales salvajes —osos, jabalíes, lobos (9)—, así como la alimentación con carne en la que los huesecillos eran un riesgo, hizo que se buscara protección en San Blas, un obispo con amplios conocimientos médicos que, como cantan en Lanzahíta que lo tiene por patrón, tenía poderes sobrenaturales sobre esos peligros.

«Ya cansado de esta vida  
a una cueva se fue a orar  
y las fieras silenciosas  
fueron todas a escuchar.»

De ahí que se le ensalzase con un entusiasta VÍTOR —que en los últimos años empieza a recuperar el colorido

de antaño aunque sea menor la participación de jinetes en la cabalgata que recorre el pueblo la víspera, por la tarde, de la fiesta— y que en Mombeltrán y en La Adrada no se quedan atrás, lo prueban las ofrendas que le hacen a San Blas ya que para eso lo han tomado, igual que Candeleda, como patrón.

Los candeledanos, para no ser menos, acuden cada año con devoción a su ermita. No es casual que, en este templete de Candeleda, se guarden los restos de un monje, Bernardo, al que se le atribuían poderes especiales contra la rabia; su influencia en la localidad fue tal que, sin ser canonizado por la Iglesia, se llegó hasta el extremo de haber puesto bajo su advocación la antigua ermita de San Juan ante Portam Latinam. Esta ermita, situada en las proximidades de la confluencia de la garganta de Alardos con el río Tiétar, en el sitio de Postoloboso, había sido erigida en el período visigótico sobre los restos de un antiguo lugar de culto vettón, como atestiguan las aras que, dedicadas al dios Vaelico, se han encontrado allí (10).

## EL VÍTOR DE SAN ESTEBAN

Quizás el «Vítor» más famoso del Valle del Tiétar sea el que congrega a los habitantes de San Esteban del Valle en torno a un hijo de la localidad que, llevado por su vocación misionera, llegó hasta el Extremo Oriente en el siglo XVI. Allí el destino convirtió a Pedro Bautista en el primer mártir que, por la fe de Cristo, derramaba su sangre en el Japón, en la ciudad de Nagasaki, en 1597 (11).

De la sintonía del pueblo por el paisano que subió a los altares surgen esas dos fiestas —5 de febrero y 7 de julio— con que se honra su martirio y la conducción de la «santa Cabeza» al lugar que le vio nacer traída desde el Japón por unas monjitas de Zamora. Depositada en un magnífico relicario, la «santa Cabeza» es sacada en procesión, junto con la estatua del Protomártir, tras la misa solemne que se celebra por la mañana.

El Vítor consiste en una procesión nocturna a la que dan una nota peculiar tanto la caballada que acompaña a los asistentes y al estandarte del santo como la iluminación de las teas cuyas llamas, con el flamear del viento, recortan sombras y misterios en las bellas balconadas del pueblo.

Al final, tras haber cantado al «Protomártir de Cristo en Japón», en plazas y rincones y haber exclamado con un fuerte «Vítor» las loas que procla-

ma el mayordomo, se subasta el honor de clavar el «Vítor» en la puerta de la ermita erigida en el lugar que ocupaba la casa en que nació; es una ceremonia en la que, según la tradición, sólo pueden participar los nacidos en San Esteban. Durante esta parte del acto, que suele alargarse por ser mucho el interés de los lugareños en la puja, se reiteran expresiones formularias de carácter tradicional; en algunas de ellas se alude a accidentes meteorológicos sin que éstos estén presentes ese día en el ambiente de la noche.

Concluida la puja, una carrera, en la que de los cascos de los caballos al chocar con el empedrado de las calles salen chispas, pone fin al acto religioso que conserva aún, tanto por el entorno y las palabras, el aire adusto y la fidelidad a las tradiciones de esa España de fe y sufrimiento que capturan los pinceles de Zuloaga. Acaso por haber permanecido fuertemente arraigado en la vida del pueblo esta festividad, desde 1601 en que se celebró por vez primera, ha pasado a ser considerada como el modelo de Vítor, pese a que en todos los pueblos del Barranco han tenido sus propios vítores (12), y la fama del de San Esteban no es en vano ya que es el festejo en el que participa mayor número de jinetes, conservan un colorido más variopinto y la iluminación del pueblo con las teas (13) formadas con las hachas llenas de resinas da un atractivo especial a la población.

## FIESTAS DE QUINTOS

En algunos pueblos del Valle del Tiétar aún se sigue celebrando la entrada de quintos al modo tradicional, pese a los cambios que se han producido en la sociedad española a lo largo del siglo XX, sin que con esto queramos decir que aún se mantenga la misma significación que se encerraba en los antiguos «ritos de paso».

Aunque en los festejos tradicionales de todos los pueblos ha habido roles reservados para los quintos, por ejemplo, los zarramaches y caballada en Casavieja, corridas de gallos en Piedralaves, El Arenal, Candeleda... acaso lo más llamativo sea la forma de vivir, en dos momentos del año, la leva; la conservan con igual relevancia en Casavieja, Piedralaves y Cuevas del Valle, pueblo que tomamos como punto de referencia para trazar estos párrafos.

El primer momento en que se junta para celebrar la entrada en quinta es a finales de octubre. El día 31 por la tarde plantan, con troncos de pinos, la «hoguera» que arderá por la noche y



a cuyo alrededor se invitará a limonada en los primeros momentos. Luego los quintos, en compañía de un macho cabrío, —cuya significación es fácil de colegir— recorren bares y tascas recogiendo aportaciones económicas. Duermen unas horas —pocas— todos juntos en una casa que han alquilado para convertirla en cuartel general de sus celebraciones. El día uno sale todo el pueblo a merendar al campo y no pueden faltar los quintos.

El segundo momento se inicia el domingo de carnaval y este período será más largo puesto que durará toda la semana. Ese domingo, el de quincuagésima, como muestra de la mayoría de edad —antes era la ocasión para el estreno del traje de adulto— acuden con vestidos de estreno a misa en compañía de sus padres. Luego, tras el aperitivo en los bares, los quintos, acompañados por las jóvenes de su edad, comen en un restaurante, comida a la que invitan al señor alcalde —es tradicional que los ayuntamientos les regalen la corta de unos pinos— y al cura.

Si ahora alargan el acto con el canto y copas en el mismo lugar, antes, en algunos pueblos, los padres invitaban a sus amigos para celebrar esa mayoría de edad en sus propios domicilios.

Por la noche todo el grupo inicia esa vela de armas que durará toda la semana en la casa alquilada. La mañana del lunes, con un burro, recorren el pueblo en cuestación de alimentos —huevos y chorizos—, aunque hoy se recogen también aportaciones económicas. La vida durante la semana la simplificamos con el dormir de día y el divertirse de noche. Al amparo de la

nocturnidad organizan bromas al vecindario, aunque a primeras horas han invitado a comer y beber a cuantos pasan por su cuartel general.

El sábado organizan un baile —pagan la orquesta y montan la barra para gastos— y el domingo, por la mañana, aún con sueño, —seguimos centrándonos en la celebración de Cuevas— versifican las hazañas de esa semana para al atardecer organizarse públicamente su propia loa mediante un «vitor», con aire grotesco, en el que, por calles y plazas, en ocasiones a la luz de hogueras que han encendido algunos vecinos, leen las «gestas» que cada uno de ellos ha realizado esos días.

En cambio, en Casavieja lo que se pone al descubierto el domingo de carnaval es la galanía de los jóvenes al recorrer el pueblo, acompañados de novias o de amigas, en una vistosa caballada puesto que todos los participantes van vestidos con los trajes regionales y los caballos ricamente enjaezados, con lo que el paseo adquiere el aire de una exhibición de belleza, juventud y, por supuesto, de virilidad.

Ese domingo, en otras localidades, el protagonismo de los quintos era más reducido ya que sólo asumían el de las corridas de gallos que eran parte integrantes del carnaval, como veremos en el epígrafe siguiente.

## TIEMPO DE CARNAVAL

Esa prolongación del pasado en los festejos del ciclo invernal a que nos referíamos en unos párrafos más arriba se ha mantenido en todo el ciclo carnavalesco; en la fiesta de San Blas,

en Casavieja, la presencia de los «zarra-maches», figuras de atuendo estrafalario similares al Jaramplas de El Piornal o al Taraballo de Navaconcejo, en Cáceres, o a los botargas de Almonacid del Marquesado, en Cuenca (14). Su vestimenta y su continuo hostigar a la muchachada, pese a la sumisión al santo, como «las ca-

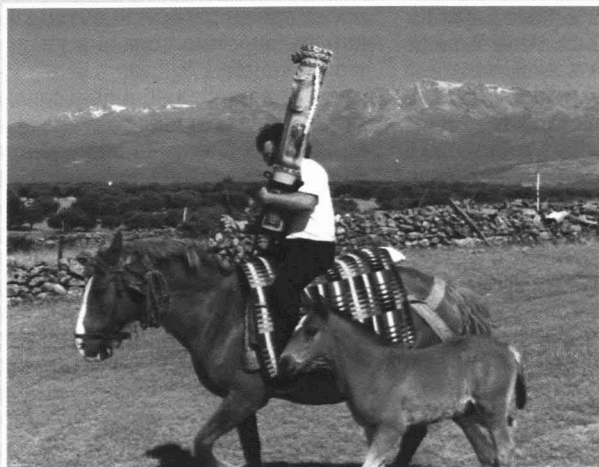
rantoñas» de Acehuche, dan un tono carnavalesco a la fiesta.

Esta costumbre, según refiere la tradición local, procede de muy antiguo y su origen estaría en el acercamiento de los vaqueros a las casas de los amos; éstos les daban obsequios de carácter alimenticio. Llamaba la atención el vestuario escogido para tal acto; consistía en un gorro de mimbre revestido de cintas y colores, camisola policromada y calzón blanco; sobresalían del atuendo las pieles con que cubrían la espalda; hay que añadir, además, que llevaban varios cencerros a la espalda, la cara tapada y una mimbre con la que golpeaban a quienes encontraban a su alrededor. Para nosotros estos elementos entroncan claramente con rituales purificadores similares a los de los pueblos antes mencionados; hay, pues, en ellos el substrato de antiguos ritos agrarios y de ese esfuerzo ancestral por alejar del entorno en que vive la comunidad el espíritu del mal. En la actualidad parte de ese colorido variopinto se ha perdido y los quintos, que son quienes sustentan ese rol cada año, se pasean por las calles del pueblo con vestidos harapientos de harpillera.

También tiene un carácter carnavalesco la modificación de los roles sociales asignados a la mujer, una manifestación festiva que ha estado en trance de desaparecer y sólo es en Casillas, y en La Adrada, con «la tizne» —como su nombre indica supone embadurnamiento del rostro—, donde aún tiene cierta fuerza la celebración del día de santa Águeda.

Ya en nuestro estudio del Peropalo (15) resaltamos el significado primitivo del carnaval como un conjunto de ritos agrarios para impetrar la fertilidad de las fuerzas reproductoras aletargadas con el frío invernal. Como el desenfreno de los antiguos rituales —Saturnales, calendas de Jano y Luperciales— chocaba con la moral cristiana, pronto se arremetió contra aquellos; pero, al ser imposible su eliminación por el arraigo vital que tenían en todos los lugares, se concentraron en unos días que, como válvula de escape, se situaron, los festejos más importantes, al principio del año lunar, que es el momento en que ahora celebramos el carnaval. El pueblo, a ese domingo le ha dado un nombre significativo, «domingo gordo».

Disposiciones de sínodos, concilios (16) aconsejaron una y otra vez su erradicación, sin que durante el período medieval se preste muchos oídos a tales sugerencias. Son numerosos los discursos que en las obras de nuestros



Mayordomo con el cirio cabalga hacia Hontanares.

moralistas clásicos se aconseja rehuir las celebraciones carnales y se aconseja la sustitución por los actos propiamente religiosos, como escribe el P. Latorre en sus *Meditaciones espirituales*. Tras la contrarreforma tridentina empiezan a limarse determinadas libertades, especialmente las relacionadas con la ridiculización de lo sacro, y, poco a poco, con el énfasis en lo racional que aportó el siglo XVIII, languideció en las zonas urbanas a medida que en la ciudad se impuso un sistema de trabajo más rígido en el que la libertad del artesano era sustituida por los rígidos horarios de las fábricas.

Con esto estamos señalando que se quiso crear, con escasa fortuna, una celebración que contrarrestase todos los elementos del paganismo que se airean en los festejos carnales, es decir, se pretendía que la nueva religiosidad arrumbase con toda la fuerza del carnaval. Si es de sobra conocido que este objetivo no se consiguió plenamente con carácter general, sí tenemos pruebas de que en algún lugar triunfó esta propuesta religiosa. Así hay que anotar, acaso como manifestación única, en el Valle del Tiétar un ejemplo de la esta versión, un contrafactum similar a las versiones a lo divino que se hacían en siglo XVII de las canciones profanas. Tenemos, pues, en el Valle del Tiétar, junto a la clásica celebración, con su sentido profano e irreverente, versiones parcialmente sacra y una en la que todo el rito carnavalesco ha sido sustituido por un acto religioso; nos referimos en este último caso a esa procesión religiosa que se celebra el martes por la tarde en Guisando. En ésta, igual que en los demás pueblos con los festejos propiamente carnales, es la ocasión para sacar de los baúles los trajes tradicionales de «serranos» para dar colorido al rito religioso que se celebra en torno a san José, prototipo de dominio de las pasiones corporales, aquí reprimidas, en las otras fiestas exaltadas.

Más que las disposiciones eclesiásticas, fue el ritmo de vida impuesto con la industrialización lo que hizo decaer al carnaval. Por eso ha sido este siglo el que pretendió, en sus comienzos enterrarlo —porque rompía los esquemas productivos— y luego, en el último tercio, ha contribuido a su reaparición, aunque sin el enfoque de su origen. Si antes el carnaval ayudaba a fortalecer el sistema establecido, de forma que tras sus festejos el individuo asumía de nuevo sus tareas de hombre productor, ahora favorece que el hombre se integre de nuevo en su misión de consumidor para lo cual ha de trabajar lo más

posible y el derroche del período carnavalesco, por el cariz beneficioso que aporta al psiquismo humano la desinhibición y la liberación de las normas impuestas por la sociedad, ayuda, aunque pueda parecer un contrasentido, al acopio de nuevas energías.

La suerte de los festejos en el Valle del Tiétar era diversa; había pueblos en los que había desaparecido, como en Arenas, y cuyo acto más notable «el ofertorio» y «el baile de la bandera» se trata de conseguir, como ya se ha hecho en El Hornillo con «la tendida de la bandera» que ejecutan hombres y mujeres el martes de carnaval. En la mayoría de los lugares languidecía; así, aunque ha seguido celebrándose cada año en Piedralaves, ha dado tal cambio que muchos de los jóvenes no han oído siquiera hablar de «el Maquilandrón» ni de otros aspectos a los que nos referiremos más abajo. En algunos, en cambio, como Casavieja con su caballada, ha gozado siempre de una relativa vitalidad. No obstante, ni en esta población se conserva toda la antigua parafernalia que acostumbraba a traer consigo cada año el carnaval, lo mismo que cada vez se da menos importancia a la luna, con la que está íntimamente relacionado.

De cara a una idea general sobre cómo podía ser la celebración en esta comarca vamos a reseñar algunos de sus componentes más significativos, sin que esto quiera decir que, al menos en los últimos siglos, haya sido igual en cada una de las poblaciones ya que en cada una de ellas podía hallarse algún rasgo especial. Buena prueba de estas peculiaridades locales es un rasgo exclusivo de Casillas, «la guindaleta», que se ha seguido y aún se continúa practicando.

«La Guindaleta —son palabras de Juan Maestre Alfonso— tiene lugar —o, mejor dicho, se da— durante los tres primeros de carnaval; el domingo, el lunes y martes de carnaval. En esencia, consiste en una persecución que hacen las mujeres a los hombres para darles la *guindaleta*, o sea, acorralarlos, y una vez en esa situación, introducirles entre las piernas un palo y levantar sucesivamente entre varias mujeres al hombre» (17).

Aunque en su descripción Maestre Alfonso analiza dos direcciones a la hora de escoger a los hombres para darles la broma, en un apartado coloca a los hombres del lugar y en la otra, novedad de la segunda mitad del siglo XX, a los madrileños que pasan los fines de semana en el pueblo. A nosotros no nos interesa la segunda, por ser de reciente introducción, y su

carácter de defensa ante los forasteros tiene una implicación más de cambios sociales —en el fondo subyace un rasgo propio de las fiestas: resaltar lo autóctono— que de carácter propiamente carnavalesco. En la primera están presentes esos rasgos que apunta Maestre Alfonso: «la guindaleta es un acto lúdico, en el que el componente sexual está muy claro, la inversión de roles y el palo es un símbolo fálico que no deja lugar a dudas». Nosotros queremos añadir que es un exponente más de la desinhibición que trae consigo siempre el carnaval; las mujeres se atreven a realizar actos que no ejecutan en el resto del año por la auto-represión que ha de dominar en la sociedad. Es, pues, un gesto más en el que vemos que el carnaval es una válvula de escape que sirve, con la explosión de desorden que reina esos días, para sostener un sistema que se apoya en normas rígidas en determinados aspectos sociales, individuales y, naturalmente, sexuales.

Para la descripción y análisis de los rasgos principales del carnaval en el valle del Tiétar seguimos las ideas que nos da en su libro Pedro Anta Rodríguez, cuyos datos se alejan hasta principios de siglo (18).

Entre otros actos resalta algunos de vetustas raíces. «La influencia romana se deja sentir en el carácter agrario del carnaval rural; conserva todos los rasgos característicos del espíritu vegetal».

La alegría de la gente se conseguía mediante las rondas, los bailes y, sobre todo, comedietas risibles, sátiras de plástica representación en unos casos protagonizadas por «las comparsas». Por las ridiculizaciones satíricas, por la licencia carnavalesca, se daba salida a odios y un malestar acumulado a lo largo del año contra gobernantes o jerarcas laborales, en definitiva, contra aquellos que impusiesen su autoridad, de forma tanto despótica como arbitraria.

El disfraz y la mojiganga, con su careta de animal ayudaban a la desinhibición y, pese al vino, no se trababa la lengua a la hora de criticar aquellos aspectos de carácter individual o colectivo que lo merecían.

En otros casos la comparsa mimaba una faena agrícola; el número era conocido como «el arado» y de este elemento ritual tenemos noticias que también se realizaba en una localidad situada a la otra parte de la sierra, Hoyocaserro. Anta Rodríguez lo describe y lo interpreta así.

«El arado es un signo más de la cualidad agraria del carnaval, porque el carnaval es un rito de siembra y fecundidad, con este rito se asegura las

cosecas; todos recordaréis perfectamente esta estampa; un labrador conduce una pareja de bueyes, que son dos mozállones tapados y uncidos convenientemente por un yugo al resto del ingenio; sus movimientos los de labrar y sembrar; y lo saben hacer a la perfección, pues los protagonistas suelen ser jóvenes labradores, de vez en cuando, el gañán que empuña la aguijada, "convida" a los bueyes a echar un trago de vino y éstos, una vez consumida la libación, espoleados por el trallazo, retozan, tiran algunas castañas y acometen al regocijado público; el arador arroja algunos puñados de ceniza, que lleva en el zurrón, a las muchachas que se defienden con el mandil, a guisa de capote (19).

Otro número que recuerda es el de «la vaquilla», un elemento que es también muy usual en otros pueblos de Castilla en estas fiestas, como en Navaluenga; aunque el autor recuerda que en Burgo de Osma, al otro lado de la sierra, se corre «la vaquilla» el día de san Sebastián. Este elemento tradicional también ayudaba a salir del adormecimiento invernal en que se queda el sistema muscular; consistía en un armatoste adornado con fiera cornamenta y recubierto de piel de vacuno dentro del cual se metía un joven robusto. Con sus acometidas y la algarabía de los cencerros de sus acompañantes provocaba una excitación que se convertía en carreras y en lúdicos revolcones. El poder salutar que se confería a la muerte del animal en Piedralaves se sustituía con vino.

Un número de origen muy lejano es «la doma del oso» —del que también tenemos referencias que se celebraba en Talavera de la Reina y en Montehermoso, pueblos de la provincia de Cáceres— pues nos remonta a esas épocas en las que en el entorno boscoso del Valle del Tíjar existían esos animales salvajes a los que los reyes medievales venían a cazar en estos parajes.

A estos elementos carnavalescos hay que añadir, quizás el más significativo, «el Maquilandrón», un pelele que, relleno de serrín o de otros elementos vegetales, representaba el espíritu invernal y, por el peligro que significaba para la vida local, había que destruirlo.



**Caballada de carnaval en Casavieja. Los mozos y mozas engalanan los mejores caballos y se visten con sus trajes típicos.**

Tenía, pues, este muñeco, igual que el Peropalo, una misión soteriológica al morir para generar vida. Al muñeco similar, en Candeleda, lo llamaban Peropala. Sus cenizas esparcidas jocosamente sobre los asistentes, tenían un carácter mágico revitalizador tanto sobre las personas como sobre los animales y plantas. Y, aunque en algunos lugares el muñeco era sometido a juicio, siempre su destino trágico lo llevaba al sacrificio en la tarde del martes. Enrique Jiménez Suárez ve en «la Peropala» una especie de auto sacramental que él reconstruye en su libro (20); Anta Rodríguez también interpreta la muerte del pelele como una muestra del dominio de la religiosidad cristiana sobre lo pagano, puesto que el muñeco encarna el sentido precristiano propio de lo puramente carnavalesco. «La gente grita, canta, chilla, ríe, toma parte en la fiesta, como un solo hombre; sin proponérselo, sin saberlo, se meten de lleno en el sentido histórico y espiritual de Castilla y tratan de ridiculizar el Carnaval con orientación pagana; hay que matar el Maquilandrón; hay que juzgarle, condenarle y enterrar al Carnaval, que ha perdido el sentido cristiano y rural de la fiesta» (p. 247).

Y buena muestra de esa cristianización es que participaban como partes importantes en el festejo tanto la cofradía de la Vera Cruz como el grupo de danzantes y el párroco con la cruz, la manga y la bandera de ánimas; de forma que, tras sacrificar al muñeco, se termina con «el baile de la bandera» y tras «esta flamante exhibición, todo el pueblo llano, niños y ancianos, ricos y pobres, se postran ante el Cristo de la Vera Cruz y hacen ofrendas en especie y en metálico; detrás del Cristo, el señor cura y las autoridades presidiendo la ceremonia sentados delante de una mesa alargada cubierta con un paño negro; la fiesta termina con la puja por el generalato del año próximo» (p. 248).

En aquellos carnavales lejanos uno de los actos festivos que están más lejos de la sensibilidad actual eran los referentes a los tratos que se daban a algunos animales domésticos; el atar latas a los rabos de los perros o el correr gallos con la muerte cruenta de éstos —tenemos constancia de que era costumbre en varios pueblos— eran formas de diversión que hoy nos parecen repugnantes.

Los actos claves de la tarde del martes eran, junto a la muerte del muñeco, el Ofertorio de Animas y el Baile de la bandera.

En el «ofertorio» se procedía a realizar una generosa entrega de bienes agrícolas que, tras ser subastados, pasaban a convertirse en dinero en metálico para sufragar misas por los fallecidos del año. En algunos pueblos, como en Piedralaves, para entregar la ofrenda había que pasar bajo un arco formado por los palitroques de los danzantes enmascarados —en Pedro Bernardo eran los que bailaban ante S. Sebastián— a los que acompañaba el «General de Animas». Luego en la plaza se «bailaba» la bandera, aunque el «baile» no era sino una serie de ejercicios de habilidad en el manejo de la bandera; el que lo ejecuta la pasa sobre su cabeza, tras la espalda y debajo de ambas piernas, en repetidas ocasiones sin que hubiese un orden prefijado en la realización de tales movimientos. Ofertorio y baile de bandera que se celebraban también en Arenas, localidad en la que se ha revitalizado, como ya aludimos más arriba, desde hace pocos años el «ofertorio», y en el último año ya se ha intentado recuperar el baile de la bandera. Un rito que, en definitiva, no



es exclusivo de la zona pues también se ejecutaba al otro lado de la montaña como atestigua un cuadro de Valeriano Bécquer «Campesinos junto a una fuente» en el que se ve, en segundo término, a unos labriegos ensayando «el baile de la bandera» para la fiesta de la Virgen de Sonsoles en la ciudad de Ávila. Toque de ánimas, corrida de gallos, ofertorio y baile de bandera, también se realizaban en La Parra y El Hornillo; en este último pueblo se ha recuperado, gracias al impulso de una asociación cultural, la «tendida de la bandera» con la peculiaridad de que son principalmente mujeres quienes realizan los movimientos rituales con la bandera (21).

Máscaras, caras tiznadas, disfraces en los que, con frecuencia, estaba presente el mundo animal eran partes integrantes del atuendo carnavalesco. El pasar de mano en mano el tintorro y el degustar las carnes tanto de los animales de corral como de la caza o montanera eran los manjares a los que acompañaban gran variedad de dulces que se consumían a todas horas para crear un fondo sobre el que echar las copas de anís o del aguardiente elaborado con los alambiques de antaño, muchos de los cuales desaparecieron tras la Guerra Civil.

Y llenándolo todo la canción, las rondas, el grito, las risas y carcajadas por las bromas; el poco dormir y el mucho beber y comer.

«Comamos y bebamos/ que mañana ayunaremos».

## SEMANA SANTA

Los días que la Iglesia dedica a recordar la Pasión y Muerte de Cristo han sido guardados con honda religiosidad en los pueblos del Valle del Tiétar. En cada uno de ellos se celebran aún esas procesiones y esos actos litúrgicos en los que la piedad y la fe encuentran un clímax muy intenso.

De las diferentes manifestaciones queremos resaltar -atrás quedan ya esos tiempos en que las miembros de las cofradías de la Vera Cruz ayudaban con sus medicinas a soportar el dolor a los que se flagelaban en las iglesias- dos manifestaciones del fervor popular, una de Casavieja y otra de Villarejo.

En Casavieja merece destacarse el Calvario, por una larga composición que se canta con un sentido tono de sufrimiento para evocar los momentos finales de Cristo; el autor pasa repaso a los diferentes momentos de ese doloroso caminar hacia la muerte de Cristo para, con sílabas contadas y ri-

mas sonoras, impresionar la emotividad de los asistentes al acto. Es de notar que este mismo poema también se canta en Casillas, aunque, por ser de tradición oral, hay numerosas variantes entre las versiones escritas que hemos recogido en cada uno de los dos pueblos (22).

En Villarejo, en cambio, las emociones tienen matices distintos ya que, aunque el motivo sea el mismo, el sentimiento religioso se suscita al son de una parte de las rimas sacras que en el siglo XVII compusiera Lope de Vega. El misterio de la Pasión se torna, Jueves y Viernes santo, canto y poesía; la serena emotividad no olvida que los sufrimientos de Cristo son los que soportan el misterio de la Redención. Resulta llamativo que en este pueblo y en otros de la provincia de Ávila, como Cardeñosa, se haya conservado como elemento tradicional un largo poemario de carácter culto cuya fidelidad al texto hay que atribuir a la difusión escrita de la obra de Lope de Vega.

## EL CRISTO DE HONTANARES Y LANZAHITA

De todos los pueblos del valle es en los pequeños pueblos y en los más aislados donde aún pueden encontrarse las tradiciones seculares en su estado más puro. Aunque, por la gran vitalidad que hay en todos los municipios del Valle del Tiétar, la evolución de la sociedad les ha afectado en gran manera, aún es posible hallar pervivencias del pasado en la celebración de las fiestas. La crisis de los sesenta, a la que ya hemos aludido, ha influido en el traslado de algún festejo al domingo más próximo con el fin de que quienes han tenido que emigrar puedan acudir al lugar para reencontrarse consigo mismo, y con sus propias raíces unos y, las nuevas generaciones, con las de sus antepasados.

Así ocurre con Hontanares, un asentamiento que creció al par que lo hacía la trashumancia; su localización, en plena llanura, en la margen izquierda del Tiétar, se justificó como punto de apoyo para aquellos pastores que tenían que embarcar sus ovejas para atravesar al otro lado del río. Las pequeñas barcas ocasionaban una larga espera a los rebaños numerosos que tenían que acomodarse en la zona en que era posible crear abrevaderos.

La dificultad de la supervivencia exigía una continua lucha con la naturaleza, de ahí que se viesen obligados, para subsistir, a eliminar de una forma progresiva diversas zonas de matorral

del valle para conseguir más tierras para pastos. Como las ganancias apenas les permitían sobrevivir, el pequeño núcleo de pobladores de Hontanares no podía encargarse a un tallista una estatua para su pequeña ermita por lo que acudieron a los vecinos de Lanzahita quienes les prestaron el Cristo de la Luz; sin embargo, cuando sienten los habitantes de Lanzahita necesidad de Cristo porque una epidemia o peste dañaría al pueblo sin que le hallen remedios, se encuentran con la negativa de los habitantes de Hontanares; pero, para evitar juicios sobre el derecho de propiedad y largas disensiones, se pacta la permanencia del Cristo en esta localidad con derecho a una romería anual para los de Lanzahita (23).

Hoy día Lanzahita es un pueblo de floreciente agricultura y Hontanares sigue siendo un pueblo ganadero. Por esa antigua devoción y también por esa rivalidad es por lo que cada año, los habitantes de Hontanares cuidan con esmero su fiesta. Con tal motivo su caserío blanco reluce con más brillo a mitad de mayo, fecha en que muchas casas se enjambegan para dar más brillantez a la fiesta del Cristo.

Si durante todo el año el Cristo bendito tiende su mirada protectora sobre los campos y ganados de Hontanares, en este día primaveral, a mitad de mayo -acaso mientras otros pueblos, como Gavilanes e Higuera de Dueñas, celebran a San Isidro- quieren los de Lanzahita acogerse a su poder benefactor y acuden, en alegre romería, unos a pie, los más a lomos de animales enjaezados; algún grupo de mujeres lo hace en carretas adornadas con mantones y colchas como podía acudir a Toledo Casilda, la mujer de Peribáñez, ese villano capaz de enfrentarse por amor a la tiranía del Comendador de Ocaña según nos cuenta Lope de Vega.

Y el camino viejo recobra el antiguo bullicio; la alegría primaveral no se quiebra ante el paso del Tiétar por esa vadera que tantos caminantes antes transitaban.

La entrada en Hontanares es inquietante porque los jinetes, fieles a la tradición, han de hacerla a la carrera y en cualquier momento, ya sea por lo indómito de unos corceles poco acostumbrados al peso del jinete sobre sus lomos, ya sea por la impericia de quienes cabalgan, puede ocurrir un incidente, una caída peligrosa, un choque fuerte contra las caballerías que ya han llegado y llenan las calles del pueblo...

En último lugar, a ritmo de paseo, lo hace el encargado de representar al pueblo: es el mayordomo y porta, como ofrenda, un grueso cirio de poli-

cromada decoración. Es una ofrenda colectiva para impetrar la fertilidad de los campos y animales, el bienestar y salud de las personas (24).

Tras la misa y la procesión, en la que los campesinos muestran una fervorosa piedad, se realiza una subasta de las ofrendas particulares —en estrecha relación con las actividades agrícolas o ganaderas, o, acaso, frutos de sartén— ofrendas que vienen, quizás, a substituir a los antiguos ex-votos que poblaban los aledaños del altar mayor en la extinta ermita.

Tras los actos religiosos, los de Lanzahita, de nuevo sobre los animales que han descansado no lejos de la iglesia, salen para su lugar, pero antes han de dar cumplida razón de las viandas preparadas al efecto. Es la alegría del yantar campestre a orillas del padre Tiétar en esta grata mañana del mes de mayo. El espárrago blanco sobrenada en la ensaladilla y el lomo y el jamón prueban la buena calidad de las bellotas; la bota pasa de mano en mano e, incluso, de un corro de amigos se lanza a quienes han acampado a su lado; entre los romeros son frecuentes las muestras de la solidaridad como corresponde a un pueblo que se ha unido para ir, todos juntos, como siempre han visto hacer a sus mayores, en busca de una ayuda espiritual con la confianza de que de ese acto saldrán fuerzas para enfrentarse, en los días venideros, a las dificultades de la vida cotidiana.

## EL VERANO ES UNA FIESTA

Quizás como consecuencia de esa proliferación de fiestas de turistas y emigrantes que se han inventado en los últimos años para ocultar, acaso, la depresión socioeconómica que ha vivido el Valle del Tiétar a partir de la mitad de los años cincuenta, las fiestas tradicionales del verano han perdido muchos de sus rasgos peculiares; como muestra en el recuerdo quedan las «luminarias» con que era recibido en diferentes pueblos. Fiestas del fuego en los días del solsticio. Sin embargo, ya nada queda de las hogueras: ¿qué fue de aquellas tonadas?, ¿qué se hizo del Corro de San Juan, en Poyales?

Con raigambre, pero sin la belleza de antaño a decir de los mayores, se mantiene ese encuentro con el toro a campo abierto en Pedro Bernardo. En el arranque de la montaña se produce la reunión de los caballistas y de los toros que han de ser lidiados en las fiestas de San Roque.

Y como en el Valle del Tiétar el toro es un elemento capital en las fiestas,

—sea el pueblo Mombeltrán con su Virgen de la Puebla el 2 de julio, La Adrada con su Salvador, (6 de agosto) o Mijares con su San Bartolomé (24 de agosto)—; en todos los pueblos, junto a la lidia artística, de diestros profesionales de lejanas tierras, está la que efectúan los lugareños: la capea popular con sus novillos para casados y solteros, para las peñas o cuadrillas. Los sustos por las embestidas o los revolcones, los gritos, quedan pronto en el olvido ante la hermandad que produce la fiesta en torno al pote nocturno o al guiso que se realiza con la carne de los morlacos.

Septiembre ve cómo la Virgen aparece como reina del Valle, pues desde el Este hasta el Oeste diferentes pueblos —Higuera de Dueñas, Sotillo, La Adrada, Lanzahita, Arenas, Hontanares, Santa Cruz, Candeleda...— la han convertido en su Patrona y hacen fiesta grande con motivo de la Natividad de Nuestra Señora el 8 de este mes, aunque con advocaciones distintas. Acaso una de las formas de celebración más llamativa e importante por la cantidad de gente que acude sea la romería que se hace en honor de la Virgen de Chilla en Candeleda.

Cuenta la tradición que un piadoso pastor, al que se le había muerto una cabra, en pleno desconsuelo, por miedo al dueño del hato, invocó a la Virgen y ésta se le apareció y le premió con la resurrección del animal. El pueblo de Candeleda, agradecido, erigió la ermita en recuerdo de tan extraordinario momento.

La fiesta que conmemora este acontecimiento se celebra tradicionalmente, al menos desde 1691, según data Jesús Rivera Córdoba, en el mes de septiembre. Las fechas escogidas son el segundo y el tercer domingo, denominándose a las últimas las fiestas de la vela.

Hoy, igual que en el pasado, los festejos de cada domingo constan de unos actos religiosos y otros de carácter profano. Los religiosos consisten en una romería y en una misa con procesión. La romería parte, a las nueve de la mañana, del pueblo a la ermita; allí, a las doce se lleva en procesión a la imagen de la Virgen hacia una explanada recoleta, a la sombra de castaños, en la que se celebra una misa solemne presidiendo la imagen de la Virgen desde el lugar en que se le apareció al cabrero Finardo. Una vez concluido el acto eucarístico se realizan las ofrendas a la Virgen; antes se donaban productos agrícolas y ganado, hoy la ofrenda es, generalmente, de carácter monetario. El acto finaliza con la restitución de la imagen a la ermita, donde se efectúa la puja de banzos.

Tras cantar una salve en el interior se remata la alegría de la fiesta con bailes de jotas al son del tambor en la gran explanada que antecede a la ermita.

La devoción a la Virgen de Chilla, patrona de Candeleda y de Gredos, no es exclusiva de la localidad abulense, pues de siempre el número de sus devotos se ha extendido por todo el valle del Tiétar e, incluso, por el campo de Talavera hasta el extremo de que, al igual que ocurre en las fiestas de las Mondas de esta ciudad, acuden a la celebración representantes de los pueblos de Mejorada, Segurilla, Velada, Calera, El Casar y Gamonal; antiguamente portaban presentes propios y un mayordomo, en nombre de su municipio, un cirio grande. Además, según consta en los libros de cuentas, contribuían a pagar los gastos de las actividades profanas que eran, principalmente, toros y comedias. Los mayordomos de estas poblaciones toledanas gozaban de determinados privilegios; por ejemplo, correspondía a los de Calera llevar el palio en la procesión.

La fiesta, que duraba varios días y se celebraba íntegramente en los alrededores de Chilla, se remataba con una comida pública en la que se repartía la carne de los toros lidiados, cuyo coste había sido sufragado con las limosnas de los devotos. En 1875 la autoridad eclesiástica prohibió que el dinero del santuario se destinase a tal fin.

Antes de la irrupción del automóvil en la vida de nuestros pueblos los peregrinos acudían al santuario en caballerías o, para cumplir una manda por un favor recibido, a pie. Llegaban la tarde anterior al día de la fiesta y, pese al cansancio del camino, se cantaba y bailaba casi hasta el amanecer; posteriormente se descansaba unas horas bajo los árboles del lugar.

Como apunta J. Rivera Córdoba en su estudio *Chilla: origen de un rito popular*, el entronco de esta fiesta con los ritos de la fertilidad romanos parece evidente y, al igual que las Mondas talaveranas, su génesis estaría en relación con las ofrendas a Ceres.

En la actualidad, la afluencia de público sigue siendo masiva; sin embargo, las capeas tradicionales y otros actos musicales y lúdicos se celebran, por la tarde y por la noche, en las plazas y calles de Candeleda.

En La Adrada y en Sotillo también se celebra a la Virgen en esta misma fecha del 8 de septiembre y en ambas asume el festejo el carácter patronal. Ambas fiestas comienzan con el traslado de la imagen de la ermita a la parroquia para el novenario y la fiesta principal del día 8. Cultos sacros y profanos se unen en los dos pueblos. Y si la Virgen suscita en la función de



Vísperas los cantos de admiración, también las gargantas se enjuagarán una y otra vez para, a lo largo de la noche, cantar las rondas. Y es que la Virgen trae, en estos pueblos abulenses, la canción tradicional y la rondeña verata, esa música popular que, al son de guitarras y laúdes, botella y almirez, llena la calle donde duerme una joven por la que suspira un enamorado. Es noche de rondas. Como también lo es en Pedro Bernardo con motivo de la fiesta del Cristo, 14 de septiembre.

El final del verano, con gran parte de la recolección ya hecha, no supone el fin de los festejos. San Miguel recibe honras en Guisando, la Virgen del Rosario alborota Ramacastañas; El Arenal vibra con el Cristo de la Expiración, en octubre, y San Pedro de Alcántara —19 de este mes— altera el ritmo de vida no sólo a los areneros sino a una buena parte de la comarca que acude, durante alguno de los días de las fiestas, al santuario alcantarino para mostrar su devoción.

Tras celebrar la festividad de «Todos los Santos» y recordar a los difuntos en noviembre, diciembre trae la Inmaculada —con la ronda en los pueblos de la zona oriental— y las navidades. Es lástima que la riqueza folklórica —música y letras de innumerables villancicos— acumulada en torno a la celebración del nacimiento de Cristo vaya cayendo, año tras año, en el olvido.

En todas estas fiestas aparece el carácter dualista que hoy conlleva: cultos religiosos y alegres diversiones profanas. Y en cada localidad del Valle del Tiétar siempre tienen lugar preeminente la canción, el vino y los festejos taurinos en una variada gama de modalidades que se suceden a lo largo del día y de la noche. Una afición tradicional que antaño pudo tener sentido por la importancia del vacuno en la cabaña del valle; hoy, cuando en el recuerdo apenas quedan leyendas sobre el tema de las dificultades en la lucha con las fieras, quizás sólo se explique, por el afán de riesgo, de emociones fuertes que convulsiones, siquiera sea de una forma momentánea, nuestra vida.

## NOTAS

(1) El presente artículo es una reelaboración de un capítulo de nuestro libro *Conozca el Valle del Tiétar*, Ediciones La Vera, Jaraíz de la Vera, 1995.

- (2) J. Caro Baroja: *El carnaval*, Taurus, Madrid, 1979, p. 17.
- (3) H. M. Velasco Maíllo: «A modo de introducción», en *Tiempo de fiesta*, Ed. Tres, cat. 14, diecisiete, Madrid, 1982, pág. 14.
- (4) H. M. Velasco Maíllo: «A modo de introducción», en *Tiempo de fiesta*, Ed. Tres, cat. 14, diecisiete, Madrid, 1982, pág. 8.
- (5) Esta trabazón se entenderá mejor si no se olvida que algunos pueblos toledanos han pertenecido a la provincia de Ávila y también algunos de Ávila han estado incorporados a la de Toledo.
- (6) Véanse los dos volúmenes de la obra de Fernando Fernández Gómez: *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda*, Inst. Gran Duque de Alba, Ávila, 1986.
- (7) J. Luis Retama: *Pedro Bernardo, (Apuntes históricos)*, editado por la Caja Rural y el Ayuntamiento local en 1981, p. 146.
- (8) Encontramos referencias a esta celebración en el libro de José Luis Retama Pedro Bernardo (Apuntes históricos), editado por la Caja Rural y el Ayuntamiento local en 1981.
- (9) A Estos animales se alude como pobladores de numerosos montes y vaguadas en el *Libro de la Montería* que mandara escribir el rey Alfonso Onceno.
- (10) Véase el trabajo de Fernando Fernández en el que presenta los resultados de sus excavaciones en la ermita publicado en *Noticiario arqueológico hispano*, *Arqueología*, 2, Madrid, 1974.
- (11) Por coincidir este año con el cuarto centenario del martirio se han celebrado diferentes actos; unos de carácter cultural para recordar la labor evangelizadora, otros de carácter litúrgico para dar realce a la figura del santo; en ellos han estado presentes importantes autoridades eclesásticas. Lo más llamativo es la posibilidad de alcanzar los beneficios espirituales inherentes a todo «jubileo».
- (12) La costumbre no se centra exclusivamente en el rito religioso sino que durante siglos, hasta nuestros días, al obispo, cuando va a la visita episcopal, y a los curas, cuando entran en el pueblo por vez primera, también se les dedicaba un vítor.
- (13) La presencia de teas es propia de pueblos resineros, por lo que también encontramos este detalle en ambientación nocturna en los vítores de otros lugares como el que Cuevas del Valle efectúa en honor de la Virgen de las Angustias en el mes de febrero o el que Santa Cruz celebra en honor del Cristo. Para el conocimiento de Cuevas y Villarejo son básicos los dos libros de Juan Jiménez Ballesta, y para Santa Cruz el que escribieron F. García Ivars y R. Lección.
- (14) Sobre los botargas hay cumplidas referencias en la obra de Caro Baroja ya mencionada. Sobre los festejos extremeños pueden verse el artículo de Ángel Luis Fernánz Chamón en *Narría*,

- n.º 23-24, 1981, con el título «El «Jaramplas» de Piornal y el «Taraballo» de Navaconcejo».
- (15) Publicado por la Editora Regional de Extremadura, Mérida, en 1985.
- (16) A ellas hay cumplidas referencias en el estudio de Caro Baroja ya mencionado.
- (17) Juan Maestre Alfonso: «La necesidad de compensar», en *Modernización y cambio en la España rural*, Edicusa, Madrid, 1975, p.133.
- (18) Pedro Anta Rodríguez: *Historia y nostalgia de un pueblo de Castilla*, Vasallo de Mumbert, Torrejón, 1977.
- (19) P. Anta Rodríguez, en *op. cit.*, pp. 241-242.
- (20) Enrique Jiménez Juárez: *Cancionero español (Candeleda, Poyales del Hoyo, El Raso)*, ed. autor, 1992. La preocupación de este autor por las canciones del Valle del Tiétar le lleva a recoger las de otros pueblos bajo el título de *Cancionero español (Arenas, El Arenal, Guisando, El Hornillo)*, 1993.
- (21) La corrida de gallos ha desaparecido a principios de esta década de una forma definitiva, no exenta de polémica, en El Arenal.
- (22) En otros capítulos de nuestro libro ya indicamos que «el calvario» es una composición de carácter culto cuyo autor es Juan de Padilla el Cartujano, aunque sus versos no se parezcan en nada a los que se cantan en los diferentes pueblos en los que aún se conserva por vía oral su composición poética. Por no incorporarse las correcciones al texto del volumen no consta que el conocimiento de la autoría se lo debemos a la labor investigadora de Eduardo Tejero Robledo, a quien consideramos, con sincero aprecio, como el más sólido investigador de la historia del Valle del Tiétar abulense y, por tanto, a quien debemos muchos de nuestros propios conocimientos. Sobre este particular véase su obra *Literatura de tradición oral en Ávila*, Inst. Gran Duque de Alba, Ávila, 1994.
- (23) Otra versión alude a unas relaciones poco cordiales con motivo de una ermita destruida por una subida de las aguas del Tiétar. El acuerdo justificaría que la romería al Cristo de la Luz no sea un festejo exclusivo de la localidad de Hontanares, sino que también tienen derecho a acudir a invocar los favores del Cristo los vecinos de Lanzahita que son quienes le hacen de la ofrenda del cirio. El hecho de que la ermita estuviese en la margen izquierda fue la razón esgrimida para asumir los habitantes de Hontanares el cuidado del Cristo bendito al que tenían singular devoción.
- (24) El sentido de la ofrenda puede guardar mucha relación con la que se hacía a la Virgen del Prado, en Talavera, o a la Virgen de Chilla, como veremos después, en Candeleda; en ambas celebraciones subyacen fórmulas parecidas a los ritos en honor a Ceres.